



PERIODICO DE CAZA Y PESCA,  
DE SPORT Y RECREOS CAMPESTRES, DE ACLIMATACION Y CRIA DE ANIMALES DOMESTICOS,  
AÑO II. Y DE CUANTO TENGA RELACION CON LA AGRICULTURA Y CON LOS DELEITES DE LA VIDA DEL CAMPO. NÚM. 21.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	Mes.	Trimestre.	Semestre.	Año.
Madrid y Provincias. . .	2 pesetas.	6 pesetas.	12 pesetas.	24 pesetas.
Ultramar y Extranjero. .	4 pesos.	1 1/2 pesos.	3 pesos.	6 pesos.

SE PUBLICA LOS DIAS 10, 20 Y 30 DE CADA MES.

DIRECTOR PROPIETARIO,

DON JOSÉ GUTIERREZ DE LA VEGA.

Administracion: Calle de Espoz y Mina, núm. 3.

Madrid, 30 de Julio de 1879.

REBAJA DE PRECIO DE SUSCRICION.

Haciendo directamente el pedido y anticipando 20 pesetas en esta Administracion, en metálico ó por medio de letra de fácil cobro, se obtendrá la suscripcion por un año para la Península, y 25 pesetas si es para Ultramar ó el Extranjero.



LA RAZON DE LA VEDA.



## LA DIANA.

## CANTO QUINTO.

*La caza de las fieras, y su naturaleza.*

Desde el aire á la tierra descendiendo  
No ménos caza al tirador se ofrece:  
Nembrot cuando á las fieras defendiendo  
La entrada, con bastion se fortalece,  
Con cuadrillas de gente armado y fiero  
Enseñó á perseguirlas el primero.

Éste inventó los dioses, que invenciones  
Fueron del hombre vano en triste día,  
Y el vil temor redujo á las naciones  
A la supersticiosa idolatría  
Y la ignorancia; y él, que el mundo abarca,  
Le conocieron por primer monarca.

Pero aunque con astucias delincuentes  
Quitó la libertad á los humanos,  
El natural derecho de las gentes  
Reservó el campo de él y otros tiranos,  
Porque de esta opresion el ánsia toda  
Fué privativa á la barbarie goda.

Huyendo de las Ursas temerosas  
De bañarse en el mar, y del Bootes,  
Vienen cien mil escuadras numerosas,  
Porque ¡oh Roma! ya esclava ser denotes  
Como cuando faltando Apolo rubio,  
Anegó el orbe universal diluvio.

Rotas las cataratas de los cielos,  
Reventados los cauces del gran fondo,  
Las fuentes del abismo hundiendo suelos,  
Se ovaló el mundo, que ántes fué redondo;  
Y así gimio, dejando los triones  
Tan inmensos enjambres de naciones.

Más ellos halagando á su fiereza,  
Queriendo ser los únicos atroces,  
De los montes vedaron la aspereza:  
Ó en el lobo ó los ciervos muy veloces,  
Y otros verás con no leves indicios  
Del hombre las virtudes y los vicios.

La ingratitude, la lealtad amiga,  
La codicia y lascivia no saciadas,  
La envidia, de los buenos enemiga,  
La traicion, la inocencia, y aunque añadas  
Los vicios y virtudes más morales,  
Lo hallarás en los brutos animales.

Porque advertido el gran Dios que yo adoro,  
Cuando mezcló las masas de las cosas  
Al principio, que creo, aunque le ignoro,  
Formó de mil materias muy dudosas  
Con organizaciones diferentes  
Las máquinas hidráulicas vivientes.

Este es el gran secreto en que consiste  
De unas el miedo y de otras la arrogancia,  
En cada cual su inclinacion insiste,  
De ella se aparta poco, y sólo á instancia  
De rápidos contrarios movimientos,  
Accidentales sí, pero violentos.

Porque más fuego líquido amarillo  
Tiene el leon marmárico valiente  
Que el conejuelo tímido y sencillo,  
Es más feroz, aunque cualquiera intente  
De cólera encender en éste el fuego,  
Como no es natural, se apaga luego.

Mas ¿cuál enojo el Padre omnipotente,  
En quien está la autoridad suprema,  
Le infundió á este animal, para que intente  
Sus hijuelos comer con ánsia extrema?  
Decidlo ¡oh sabios! ó admirad plausibles  
Los juicios del gran Dios incomprensibles.

Al tiempo que los Hedos lloviosos  
Salen siguiendo á Arturo, y resplandece  
La cretense corona en los reposos,  
Que en Naxos á Ariadna Baco ofrece,  
Los montesinos tímidos y albares  
Busca entre la romaza y tomilláres.

Y agrádetes cazarlos en ojeos,  
Y en los frescos arroyos en verano,  
Ó con perchas de crin y hurones feos:  
Hermafroditas juzga el vulgo vano  
Que son el macho y hembra, y que conciben  
Los dos, y engendran, y fecundos viven.

Mas la naturaleza ha dividido  
En sexos lo viviente: en las fragosas  
Lomas el perdiguero le ha cogido:  
Y las liebres, manjar de las hermosas,  
De blancas, pardas y tostadas pieles  
Del color de las uvas moscateles.

Cazar el diestro suele en primaveras  
En los panes crecidos, ó criando  
En las recién segadas rastrojeras:  
Debajo de las cepas, ó bien cuando  
A alcanzarlas en llano ¡oh galgo! llegas,  
Ó con redes tirazas y albanegas.

Ni hallarlas dudes, cuando están cebadas  
En el poleo, que aplaudió Virgilio,  
En simiente de enebro, ó las moradas  
Flores del odorífero serpillio,  
Del serpillio, del cual agradecida  
Mi musa hace mencion restablecida.

Tienen partido el labio inquieto, es fama  
Que no cierran los ojos vigilantes,  
Corren más cuando hiela, hacen la cama  
Contra el viento, y la dejan ellas ántes  
De calentarla; busca de agua léjos  
Los bárcenos lebratos y bermejós.

Los montes de Toledo y altas sierras  
Dan el gato montés en cacería,  
Que muy ligero corre por las tierras  
Que la reja de Wamba arar solía,  
Y el Castañar y Cuerva por tu mano  
Ven muerto de Castilla al tigre hircano.

Ni serás tú en mis versos no aplaudido,  
Ó animal muy astuto, que rociando  
Detienes al basete que ha seguido:  
Así en las sucias armas confiando,  
Al leon fiero, horror de su distrito,  
Desprecia el pequeñuelo mapurito.

Y á los informes osos abortados  
Por rabias de su madre, que lamiendo  
Los ve en su fealdad perfeccionados,  
Ó iránlos en ojeos remetiendo,  
Ó alguna cabra atada cebo sea,  
Cuando oprimida intrépida garrea.

Pero tu bayoneta á su pujanza  
Se oponga, pues si no le acaba el tiro,  
Colérico arremete á la venganza:  
Bien la similitud que tiene admiro  
Con el hombre, no en esto solamente;  
Pero en las obras del amor ardiente.

De una doncella robador y amante  
Un oso fué, depuesta la fiereza.  
¿Quién de tal mezcla habrá que no se espante,  
Viendo degenerar naturaleza?  
Él camina en dos piés para que asombre,  
Tosco modelo sin pulir del hombre.

Él le enseñó á hacer choza en que viviera,  
Que antiguamente el hombre fué selvaje,  
Y acaso él enseñado no lo fuera:  
Su mano facilita á que trabaje,  
Que en lo animal no exceden los humanos  
Más que en los cinco dedos de las manos.

Porque para las obras y artificios  
Tal division parece que se ha hecho;  
Ó hecha, la aplicó el uso á los oficios:  
Causa el oso trabajo y no provecho,  
Que en esto, insigne Luis, se parecia  
Tu real casa á mi dulce poesia.

De Saboya los célebres sabuesos  
Siguen al puerco jabalí cerdoso,  
Cuyas navajas de tajantes huesos  
Los parte como alfanje riguroso:  
Despanzurra un caballo de alta fama  
Cual toro de mil libras de Jarama.

En la pezuña y ásperos garrones,  
En la cama y su estampa en los bañiles,  
En el hondo aguzar los remolones,  
Y en su excremento, hozando en los barciles,  
El cazador conoce con certeza,  
Si es macho, ó su gordura y su grandeza.

La hierba oye nacer; ¿más cuál ha sido  
A quien él se lo dijo? Su fiereza  
Comparacion acaso no ha tenido:  
¿Qué es mirarle acosado en la maleza,  
Con colmillos y vista amenazando  
Espumajos vertiendo y rebudiando?

Tímidos los monteros y lebreles,  
Y mastines de presa con collares  
De sombrero dudando, aunque fieles:  
El de gredosos barros espaldares,  
Y de peto se armó cota más fina,  
Que de Argel celebrada jacerina.

Dicen que un tiempo le infundió el dios Marte  
Tanta ferocidad cuando celoso  
De en los brazos ¡oh Vénus! encontrarte  
De tu Adónis, galan muchacho hermoso,  
Del jabalí visitó brutal figura  
Poblándose la piel de cerda dura.

Y arruando y las cerdas erizadas,  
Pasa el colmillo al jóven descuidado  
Las íngles de marfil sobredoradas:  
Vénus lloró, lloró la selva y prado,  
Que con su sangre tñe siempre vivo  
Recuerdo funeral vegetativo.

Y al nocturno tejón, que panza arriba  
Riñe, y para limpiar la tejonera  
Es carro en que la tierra se reciba,  
Y otro le arrastra y vacía, estando fuera,  
En trampas cogerás, ó con destreza  
Dale un pequeño golpe en la cabeza.

Cuelga con ignorancia religiosa  
La madre al niño manos de tejones,  
Supersticion gentilica, afrentosa,  
Indigna de cristianos corazones:  
Tú estorba, cazador, tal impostura  
Del Priapo obscenísimo figura.

Mas si los cuerpos grandes, diligentes  
Del más galan venado procurares,  
Que apetece las aguas de las fuentes,  
Aprende en los frondosos gamallares  
A concertarle, y si se oculta luego,  
Le obligue á la ballesta el lazo ciego.

Y nunca de él tus tornos conocidos  
Dejes que sean; cuando está paciendo,  
Camina tú con pasos no sentidos,  
Ó al mismo instante que él se esté moviendo;  
Y el que lacear un ciervo bien desea,  
Ni le eche el viento, ni su sombra vea.

Suelen tambien cazarse en sacadillas,  
Perros y gente en hutas repartidos;  
Pero huye del arroyo las orillas:  
Los que á estribo le tiran, escondidos  
Tras de un caballo van con muda planta,  
Que siendo de su pelo no le espanta.

Tú elige los castaños generosos,  
Y anda con tiento y no á carrera ó saltos;  
Mas si él sintió tus pasos silenciosos,  
Y de las cuernas los candiles altos  
Alza, el lado á que mire la experiencia  
Manda ganarle, que ésta es su querencia.

Entonces con denuedo y gallardía  
Suelta el perro goloso, á quien yo acaso  
Con vinagre el olfato afinaría:  
Si llovió, un matapolvo ya es escaso,  
Y el rastro pierde todo en los verdoros  
Que pródigos quemaron los pastores.

Pero el buen cazador lleva á la cama  
Al perro, y coge el rastro nuevamente;  
Mas el engaño y máquinas que trama  
Para librarse, ¿quién habrá que cuente,  
Ni la velocidad que por los cerros  
Lleva, seguido de anhelantes perros?

Así, pues, en esta última campaña  
Los enemigos tímidos huían,  
A quién, diciendo á voces: «¡cierra España!»  
Los voluntarios de Madrid seguían,  
Resplandeciendo, alzadas las cuchillas,  
Con las casacas verdes y amarillas.

Pero si el ciervo se entra en las vacadas,  
Sobre una res se pone cauteloso,  
Las pezuñas del suelo levantadas:  
Ó da mil giros por el bosque umbroso,  
Ó de alguna manada que ha encontrado  
Levanta de refresco otro venado.

Mas el fino leblrel distingue astuto  
Al que de tu cañon dió el pelotazo,  
Ó en hondas huellas del herido bruto,  
Ó en que agitados el pulmon y el bazo  
Más effluvis exhala el sobreliento  
Que á la seca nariz le trajo el viento.

Amor que con durísimos arpones  
Las fieras doma y las pintadas aves,  
En el ciervo encendió vivas pasiones:  
Si en tiempo de la brama imitar sabes  
Su voz, agamitarle con reclamos  
Debes, y á tiempo es fuerza los rebramos.

Ciego corre á las hembras, y la muerte  
Suele hallar, que este premio amor ha dado,  
Yo lo sé; ¡ay cielos! con infausta suerte:  
Con la hierba sanícula ha curado  
Su herida el ciervo, y en el parque herboso  
Pace el haros y el séselis sabroso.

Su corazon de antidoto ha servido,  
Y es su cola mortífero veneno;  
¿Quién tal contradiccion en él ha unido?  
Saca las sierpes del terrestre seno  
Su aliento cual imán, todo le admira,  
Párase al silbo, y asombrado mira.

Así se quedó un tiempo, cuando ansioso  
Por Diana las selvas discurría  
Flor á flor, tronco á tronco sin reposo;  
Mas ¿qué espanta su anhelo y su porfía?  
¿Pues qué oculto rincon no es indagado  
De un hombre cazador y enamorado?

Hay en la España citerior un monte,  
Canato los antiguos le llamaron,  
Y hoy Peñalara; si el feroz Tifonte  
Cuando el Pelion y el Osa colocaron  
Sobre Olimpo, este risco carpentano  
Pone, tocára el cielo con la mano.

Bajo una peña cóncava pendiente  
Se ve grutesca bóveda excavada  
Contra el rayo estival del sol ardiente;  
De náyades y ninfas es morada,  
Y en larga vena ofrece cristal frio  
Por cauce interno oculto manantio.



Reviértese, formando gran laguna  
De agua dulce, y de allí como en tramoya  
Á probar de otros rios la fortuna  
Baja precipitándose el Lozoya,  
Y botaete es ya petrificada  
La nieve de mil siglos congelada.  
Aquí Diana en el fogoso estío  
Venir suele á bañarse calurosa,  
Por ser albergue lóbrego y sombrío;  
Y de sus ninfas la cuadrilla hermosa  
Tejerla suele con ebúrneas manos,  
Cenador de cerezos y avellanos.

Mas siempre esta agua se miró con tanta  
Veneracion, que no la han profanado  
De bruto ni varon la inmunda planta;  
Ni ramo de algun árbol desgajado  
Cayó á enturbiarla, ni alterar las ondas,  
Porque no altivo, ¡oh Báratro! respondas.

Pues si tal vez tiraron los pastores  
Con el sonante cáñamo algun canto,  
Que dilata los círculos mayores,  
Con gran tormenta y horroroso espanto  
Responden desde adentro, y á montones  
Cubren el cielo oscuros nubarrones.

Y la sonora tempestad creciendo,  
Granizo espeso con furor da al valle;  
La laguna de Gredos respondiendo  
Desde las sierras de Ávila, á encontralle  
Despide otro turbion, y con desmayos  
Todo es truenos, relámpagos y rayos.

Aquí, pues, con sus castas compañeras,  
Dorando al Cancro el sol, llegó Dictina,  
Soberbia con despojos de las fieras,  
Y dijo: «Con el agua cristalina  
(Los cuerpos de las ropas despojados)  
Refresquemos los miembros fatigados.

Y el arco de oro y el carcaj de plata  
Con las tirfidas flechas deponiendo,  
El cristal ya desnuda la retrata,  
Á quien su hermosa tropa va siguiendo;  
Mas veis aquí á Acteon, que entónces era  
Galan mozo, y cazando persevera.

Levantán gran clamor las ninfas bellas,  
Nunca usado en tan mudas soledades,  
Y á Cintia rodearon todas ellas,  
Que el rostro vuelve, y muestra críeldades,  
Y vergonzosa al jóven traspasara  
Si á mano las saetas encontrara.

Y así al rostro le arroja con la mano,  
Colérica, las aguas vengadoras;  
«Si puedes, dice, blasonar ufano  
Que desnuda me has visto y á estas horas,  
Cuéntalo»; y luego que rociados fueron  
Las orejas y hocico le crecieron.

Muda los muslos en delgadas piernas,  
De áspero bello el cuerpo se ha poblado,  
Y empiezanle á crecer las astas tiernas;  
En puñal el piton se ha prolongado;  
Ya escorrea el arpon, que ántes fué usero,  
Garzotas echa, y busca escudadero.

Viendo en el agua su bestial figura,  
¿Cuál fué su gran dolor y sentimiento?  
Mientras medios inútiles procura  
(Pues no perdió al instante su talento),  
El primero Melampo el atrevido,  
Y Icnobates alzarón el ladrido.

Embiste Dromas, Cánache y Dorceo,  
Pánfago y Oribaso, arcades todos;  
Harpalo, Too, Esticte y Melanco;  
Pemenis, Alce, Labros y Agriodos,  
Teron, Ladon, Nebrófonos valiente,  
Leucon blanco y Aelo el diligente.

Con dos hijos Harpia, y la engendrada  
Nape de un lobo y Prérelas ligero,  
Asbolo con Licisca acompañada  
De su hermano Ciprion é Hilactor fiero,  
El muy bravo Lacon y la peluda  
Lacne, á quien Tigre y Lélape la ayuda.

Y ansiosos de la presa le seguian  
Por la ruda montaña inaccesible,  
Y áun sus quejas parece que decian:  
«Conoced vuestro dueño, si es posible;  
Acteon soy»; no lo oyen: repetidos  
Vuelve el eco aumentados los ladridos.

Melanquetes le dió una dentellada  
Primero por detras; Teridamante  
Otra cerca; Oresitrofo se enfada,  
Y un hondo mordiscoñ hace que aguante;  
Y sus perros así desconocieron  
Al amo, á quien poco há que obedecieron.

Así en el parque y alto bosquecillo  
Del fresco Balsain queda espantado  
Del cazador que sigue al cervatillo;  
Áun no sus ojos tristes ha enjugado,  
Y en su semblante muestra que aún ahora  
Por el antiguo bien perdido llora.

Á la cabra montés, corzo y paletó,  
Y al gamo caza de la misma suerte,  
Pues á la propia regla está sujeto;  
Su fuga es pica á viento aguda y fuerte,  
Y en las hembras no tanto; gustan ellas  
Del agridulce humor de las maellas.

Las hembras de esta especie han demostrado  
Que no el materno pecho es muy preciso  
Para que el hombre llegue á firme estado;  
Amor, el fiero amor así lo quiso  
Con el nieto de Gágoris, de extraña  
Fortuna, antiguo príncipe de España.

Dió á luz la infanta en parto clandestino  
Al montaraz Abidís, y una cierva  
Lo crió al pecho, á ser cazador vino,  
Y en correr diestro por la verde hierba;  
Él nos dió leyes; dividió con maña  
En conventos jurídicos la España.

Pizarro, que aunque más la repugnasen,  
Llevó su audacia, ó temeraria ó cuerda,  
Los nuestros al Perú, porque admirasen  
El ver sus sombras á la mano izquierda,  
Expuesto á la inclemencia fué encontrado  
Cual Jove por la cabra amamantado.

¿Ni por qué callaré cómo se caza  
El pardo lobo, de ojos relucientes  
Y abierta boca, con que despedaza,  
Que aguza con orégano los dientes?  
Tú con bracos, lebreles y golosos,  
Y de hierro con cepos espinosos

Tomarle debes; ó con red ungida  
Con su estiercol, los perros atrevidos  
Serán por agasajo y la comida;  
Gustan ser halagados y queridos  
Cual mayorazgo necio, mal criado,  
Mimoso, consentido y regalado.

En la ribera del Meandro cana  
Está el ciervo veloz, amedrentado  
Del latir de los perros de Diana;  
El lobo en Sietepicos se ha albergado,  
Y á vista á veces del pastor atento  
Lleva la res, ganado el sotavento.

Nota siempre en lo inculto del bosque  
Cuando llamase el perro de parada,  
Que allí es fácil que acuda el carnalaje;  
Cauto le notará la retirada;  
Mas porque no se ofenda el duro callo,  
No siga sus pisadas tu caballo.

Son brutos tan voraces y tan fieros,  
Que ni á su misma especie han perdonado,  
Comiendo al flojo allá en sus aulladeros,  
Donde naciendo Eresma despeñado,  
Hasta el alcázar de Segovia y torre,  
Más que los corzos de su orilla corre.

Su gran ferocidad el rostro indica,  
Pues del alma es señal no muy dudosa;  
Mas tal vez, aunque rara, ello se implica  
Con maravilla; así la ninfa hermosa  
Á quien ni á amarla, ni aplaudirla basto,  
Tiene el rostro lascivo, el pecho casto.

Pero el ingrato Amor ha prohibido  
Echar perro á la loba; pues del dueño  
Se olvida y la enamora en lo escondido;  
Yo á no fiar en lealtad te enseño  
Con su ejemplo del hombre más honrado,  
Si es de alguna pasión muy dominado.

Mas el cazador diestro la lebrele  
Fuerte con prontitud desatrálla,  
Y en su alcance no corre, sino vuela;  
Ni tiene que causarte maravilla,  
Que, á ser posible, inquietarán los cielos  
Las hembras instigadas de los celos.

Hombre fué el lobo y rey antiguamente,  
Á quien hoy Licáon la Arcadia llama;  
Pero como burlar á Jove intente  
(Si ciertas son las voces de la fama),  
Vuelto en bruto, las yermas soledades  
Habita, no olvidadas las maldades.

¿Cosa extraña! Ó los brutos fueron hombres,  
Ó el hombre ha de mil mezclas resultado  
Generacion mejor, ó con renombres  
Tal vez al ser antiguo se ha tornado,  
Ó lo que más con la razon conforma,  
El hombre por sus vicios se transforma.

Yo en blanco cisne, como aquel de Leda,  
Seré así por mis versos transformado,  
Sin que el tiempo ó la envidia herirme pueda;  
Un padron á mi nombre he levantado,  
Más duradero con mi humilde estilo  
Que el bronce y las pirámides del Nilo.

Ni faltará jamas quien me leyerre,  
Mientras que con doradas refulgencias  
La rueda de los siglos se volviere;  
El alma que hacen superior las ciencias  
Á vista de tal precio, en nada estima  
Cuanto se acuña en Méjico y en Lima.

Á la edad más distante y venidera  
Seré inmortal llevado, y aunque espire,  
No seré tuyo, ¡oh tierra! cuando muera;  
En su ignorancia sumergirse mire  
El necio ocioso, que encerrar maquina  
Los intactos tesoros de la China.

Que yo cantando á Luis seré dichoso,  
Si de él, ¡oh gran favor! soy escuchado;  
Á Luis, á quien vencer el portentoso  
Monstruo de mi fortuna está guardado,  
Y á quien esperan darse prisioneras  
En la batida general las fieras.

NICOLAS FERNANDEZ DE MORATIN.

## LA RAZON DE LA VEDA.

(Véase la lámina de la página 161.)

¿Qué es la Veda y cuál es la razon de la Veda?

Para nosotros la Veda es el espacio de tiempo en que  
está prohibido el cazar por mandato expreso de la ley,  
desde el día 1.º de Marzo hasta el 31 de Agosto.

La razon de la Veda, aunque no pueda explicarse en  
tan pocas palabras, es mucho más perceptible; pues para  
esto, ni es menester definirla gramaticalmente, ni áun  
aprenderla en la ley escrita; es cosa que se siente por la  
ley natural y que está en la conciencia de todo el mundo.

Hace años que, reposando de nuestras fatigas y refres-  
cando á nuestros perros, despues de una gran cacería, en  
las vertientes de Sierra-Nevada, á la vista de la pinto-  
resca ciudad de Granada, oímos á un viejo cazador la sen-  
cilla y poética leyenda que representa nuestro grabado, y  
que explica completamente la razon de la Veda.

En un día de la florida primavera, en que la exube-  
rante vegetacion de Sierra-Elvira, contrastando capricho-  
samente con la blanca corona que esmalta los picos de  
Sierra-Nevada, sobre el inmenso manto de verdura de la  
extensa Vega y los perfumados cármes de la ciudad  
morisca, un jóven triscaba por los puntiagudos peñascos  
de esta última montaña, dando caza á las cabras monteses,  
que tanto abundan por aquellas profundas quebraduras,  
en que como cintas de plata ó hilos de perlas serpentean  
las cristalinas aguas que destilan aquellos inmensos tém-  
panos de nieve, bajo el calor del esplendente sol de An-  
dalucía.

Seguia nuestro cazador, más que la huella por aquellos  
altísimos peñascos, la direccion de una cabra montés que  
huia perezosamente á su presencia. Si el áspero terreno  
de Sierra-Nevada fuera tan practicable para los hombres  
como para aquella especie de antílopes que la pueblan,  
ya el jóven cazador habria dado alcance á la hermosa ca-  
bra que ante él marchaba escondiéndose de peña en peña.

¿Qué misterio envolvía aquella escena, en que tanto y  
tanto contrastaba la actividad del mancebo con la pereza  
del bello animal perseguido? Momentos hubo en que,  
rematando la linda cabra montés la aguda cresta de un  
enorme peñasco, á manera de veleta, firme sobre el es-  
pacio en que apenas podria pararse un pajarillo, miraba  
tranquilamente al cazador, y parecia decirle: «¿Por qué  
me persigues? ¿Qué te he hecho yo? ¿Por qué invades  
estos montes? ¿Por qué no respetas mi estado?» Y en su  
vientre se notaban contracciones involuntarias, y de sus  
ojos caian dos gruesas lágrimas; que esta especie de ani-  
males llora como los niños ante sus malhechores. Y era  
que la cabra montés, sin definir la Veda, ni saber la ley  
escrita, sentia la ley natural dentro de sus entrañas, y  
protestaba en nombre de la naturaleza salvaje contra su  
bárbaro perseguidor, más salvaje todavía.

El jóven cazador seguia impertérrito la pista del her-  
moso antílope, y solamente se cuidaba de ponerse á tiro  
cierto y seguro del lindo animal, que no hacía en su pe-  
rezosa huida más que esconderse entre las piedras para  
evitar la bala que le amenazaba.

En uno de los giros y quiebro en que el cazador creyó  
asegurada la caza de su víctima, intentó dispararle un  
tiro; pero fué en vano, porque le faltó la escopeta. Dos y  
tres veces le sucedió lo mismo, y creyéndose el jóven  
cohibido por algun genio fatal, maldijo su mala suerte y  
blasfemó.

En este punto cayó como anonadado, y abrazándose al  
tronco de un árbol que coronaba el peñasco en que se



había subido para dominar á la sencilla cabra que perseguía, se libró de rodar á un abismo que tenía á sus pies.

Vuelto en sí á los pocos momentos, vió á su lado un venerable ermitaño, que le decía de esta manera:

—Despierta de tu letargo, hijo mío, que Dios no quiere abandonarte en esta peligrosa cima.

—¿Quién sois, padre mío?

—Ya lo ves: un anciano á quien tus maldiciones y blasfemias han arrancado de sus oraciones y de su retiro, y que viene á salvarte. ¿Qué te pasa?

—Padre mío, me he desesperado por mi mala suerte, pues he tirado varias veces á aquella hermosa cabra, que ni huye mucho ni me espera, y parece que el diablo andaba con mi escopeta, que no daba fuego.

—Eso es, hijo mío, que no tu mala sino tu buena suerte te advertía lo que debías tener muy presente: que estamos en tiempo de Veda, y Dios y los hombres te mandan respetar en esta época á los pobres animales.

—Ya os comprendo, padre mío.

—Pues bien, aún me comprenderás mejor: repara en la cabra que me has señalado, y verás por la extensión de su vientre y por las convulsiones que tiene, que seguramente la has levantado de la cama en que iba á dar á luz el fruto de sus entrañas.

—¿Es cierto?

—Sí; y por eso, en cuanto has dejado de perseguirla, se ha echado en el suelo, porque apenas puede ya andar.

—Lo creo, padre mío.

—Esconde tu escopeta y no te muevas para que no te tema, y ya verás como, reconociéndome, porque yo no las ofendo, y recordando que les llevo los retoños de las plantas á los lados de sus camas, y aún les doy de mi mismo alimento, al llamarla cariñosamente, viene hasta aquí y se deja acariciar de mí.

No costó mucho al buen ermitaño atraer á sí á la linda cabra montés y colmarla de caricias entre sus brazos.

—Pero decidme, padre mío, añadió el joven cazador, ¿cuál es la verdadera razón de la Veda?

—La razón de la Veda, hijo mío, está en la naturaleza misma. En ese tiempo en que la establece la ley humana, están los animales en el período de su reproducción, y por eso deben de ser respetados por los hombres. Esta razón no necesita explicarse mucho, porque se siente en todo corazón tierno y generoso.

—Y yo empiezo á darme cuenta de ella, padre mío.

—Además de esa razón natural, hay otra razón social. Dios ha criado á los animales para recreo, para ayuda y para sustento del hombre. Éste vive, no solamente de los animales domésticos, que son el menor número, sino más principalmente de los animales salvajes, que son infinitos.

—Es verdad, padre mío.

—Pues si es verdad, ¿no lo será también que si el hombre los mata en la época de su multiplicación, el hombre se hace reo de lesa sociedad?

—Así lo comprendo.

—Me place, hijo mío, tu buen sentido, porque ya comprenderás también que no guardándose la Veda, ó lo que es lo mismo, matando á los animales cuando se están reproduciendo, llegarían á extinguirse las especies, ó cuando ménos, irían escaseando más y más cada día, y llegarían también á sufrir los pueblos, primero la escasez y luego el hambre, y muy particularmente los pobres como nosotros.

—Pero decidme, padre mío, ¿por qué los ricos tienen el privilegio por la ley de cazar en tiempo de Veda dentro de sus propiedades, sin tener esa necesidad de respetar á los pobres animales en el dulce período de su reproducción, ni á la sociedad en general, á quien tanto ha de afligir la extinción de las especies, aunque sea en menor grado?

—Esa cuestión, hijo mío, no es para debatida por un labriego como tú, ni por un pobre ermitaño como yo.

—Pero nosotros seremos los más perjudicados, porque somos los más pobres.

—Basta, hijo mío, con que hayas comprendido cuál es tu deber. Tiempo vendrá en que todos comprenderán por su sola razón, sin que nosotros perturbemos el orden natural de las cosas, que la ley de la Veda no se ha hecho en favor de los unos ni de los otros, sino en favor de los animales; para su mayor reproducción, que es en

pro de todos; para el aumento de la riqueza de los pueblos; para resolver en parte la gran cuestión social de la alimentación pública. En esto convendrán los grandes y los chicos, porque, bajo este punto de vista especialmente, todos somos hijos de Dios y todos somos hermanos. Pero respetemos la ley tal como está escrita, y sin meternos nosotros en hacer lo que la razón fría ha de inspirar á los que deben reformarla poco á poco y con los consejos de la experiencia, aguardemos los resultados; tú, cazando en tiempo hábil, y yo pidiendo á Dios en estas soledades porque adelanten las cosas con paz y concordia entre los hombres.

Tal es la leyenda que nos contó el viejo cazador en las poéticas vertientes de Sierra-Nevada.

A. T.

## EDUCACION DE LOS PERROS.

(Véase la lámina de la página 165.)

La educación del perro es uno de los puntos que más se han discutido entre cazadores, considerándole, y con harto fundamento, como un auxiliar indispensable y poderoso en el noble recreo que anima con su bulliciosa carrera y que hace fructuoso con su admirable instinto, desempeñando uno de los principales papeles en las dramáticas escenas venatorias.

Muy divididas y discordes andan las opiniones en el punto concreto que nos ocupa. Mientras unos cazadores preconizan la severidad y el empleo del látigo, mostrándose partidarios de aquella conocida máxima que dice *la letra con sangre entra*, otros opinan, considerando á los animales como á los niños, que la dulzura, la perseverancia y las recompensas otorgadas á tiempo dan mejores resultados que la crueldad y el castigo. Nosotros somos de este último dictamen por convencimiento, por experiencia y por impulsos del corazón.

*Adbuc sub iudice lis est.*

No tenemos el propósito de resolver aquí tan arduo problema; sería temeridad verdadera el pronunciarse de una manera absoluta, y creemos que el carácter, el temperamento y la mayor ó menor timidez del educando, son circunstancias que han de tenerse en cuenta para decidirse por el sistema de la suavidad ó por el de la dureza. Sin embargo, y en tésis general, puede asegurarse que no se educa bien á un perro sino por medio de la bondad y de la paciencia.

Hemos visto á muchos de estos utilísimos animales dotados de excelentes condiciones y cazando á la perfección con personas que les eran extrañas, al paso que delante de su amo se echaban á temblar, presintiendo sin duda el chasquido del látigo; refugiándose entre las piernas del primero que encontraban, estremecerse al eco de la voz del tirano, y por último, después de recibir severas correcciones, abandonar el sitio de la caza, huyendo sin parar, á campo traviesa, hasta llegar al pueblo de donde salieron.

El látigo es un instrumento que aterroriza á los pobres animales, y que en vez de hacerlos obedientes, paraliza sus facultades y hasta sus movimientos, siendo perfectamente inútil cuando se trata de educar á un perro destinado á la busca y á la cobra de las piezas.

La figura principal de la pintoresca escena que representa el notable grabado que damos con este artículo, trata, aunque infructuosamente, según se adivina, de conseguir que el perro se manifieste dócil á sus argumentos. Pero como el animal no pierde de vista la punta del principal argumento que se emplea para convencerle, y vislumbra también el extremo del que tiene en la mano ese chicuelo que está como de reserva detras del cruel maestro, ha tomado heroicamente su partido, y á juzgar por lo que se ve, no es capaz de menearle ni un terremoto.

Inútil es haberle tirado casi delante del hocico un conejo palpitante todavía, con objeto de que se lance á él y lo lleve á la mano del amo. Inútiles son también los gritos, las amenazas y las palabras disonantes del cazador enfurecido, el cual no comprende que adelantaría más que con el rigor con una caricia insignificante. El perro permanece quieto, porque sabe que aquellas voces son lo

que los primeros relámpagos á la tormenta; y en efecto, descarga una tempestad de golpes y latigazos sobre el lomo del desgraciado aprendiz, que aulla de un modo lastimero, pero que no se mueve de su sitio. Esa es la resistencia pasiva, la más difícil de vencer de todas las resistencias del mundo.

El muchacho cargado con el morral contempla curiosamente al perro recalcitrante, deseando que se decida al fin á traer el conejo, mientras el abuelo fuma y se sonríe con aire picaresco, bien convencido de que el inflexible cazador está perdiendo el tiempo y que acabará también por perder los estribos, la calma y la paciencia.

Y tiene razón. El perro atemorizado temblará como la hoja en el árbol, llorará como una criatura, se pegará al suelo como si hubiese echado raíces, y sufrirá los latigazos que se le apliquen; pero si otro no recoge la pieza, ya tiene el conejo tranquilidad y reposo para rato.

F. C.

## PESCA DEL MÚJOL EN JÁBEGA.

(Véase la lámina de la pág. 168.)

En el núm. 13 de LA ILUSTRACION VENATORIA del año pasado hablamos de esta clase de pesca, hecha con caña á la orilla del agua, describiendo la lámina que le acompañaba. Hoy vamos á tratar de la pesca del mújol en jábega y en alta mar.

Las costas de Cartagena son de las escasas en nuestro país, que pueden llamarse verdaderamente privilegiadas. El mar entra en ellas por todas partes como si fuera su única morada, de la manera más tranquila, sin el menor ruido, casi con cariño, sin destruir la vegetación exuberante de su rico y feraz suelo meridional, sin agotar ni quemar los pastos, ni los flotantes plumeros de sus arrayanes. Así es que al contemplarlas desde el mar, diríase que los árboles vienen á sumergir sus raíces en el agua, dando al olvido que son saladas y que no pueden alimentar ninguna clase de vegetación por consiguiente; admirable y encantador espectáculo que se renueva todas las tardes, á la puesta del sol, cuando los rebaños se dirigen balanceando al aprisco, mirándose pasar en vuestra barca, á diez pasos de distancia.

Una tarde que habíamos ido á visitar el antiguo puerto de Porman en una jábega ó jábega, como la llaman en algunos sitios, y que no es otra cosa que una embarcación pequeña, peculiar y exclusiva del Mediterráneo, que lo mismo navega á vela que á remo, unos amigos que estaban de temporada en aquel sitio delicioso nos suplicaron les dejáramos nuestra parodia de *yacht* para pescar mújoles, que á bandadas inmensas cruzaban por aquellos días la famosa bahía, tan conocida entre los mineros por sus sulfuros plomizos.

La proposición nos pareció tentadora, y con el mayor gusto por nuestra parte, no sólo accedimos de buen grado á ella, sino que nos propusimos ser de la partida.

Preparada convenientemente nuestra diminuta embarcación, repasadas las redes, con especialidad las barrederas, tanto grandes como pequeñas, emprendimos alegremente nuestra expedición, primero á remo, después desplegando nuestra poco complicada vela, y con el mayor entusiasmo del mundo nos engolfamos en alta mar, como diría un marino, en són de guerra contra los mújoles, que á aquella hora estarían muy ajenos de pensar en ella. El Mediterráneo estaba sereno como un lago, en medio de colinas de juncos y de esparto. Así es, que á las pocas brazas, por cierta *agitación interior* de la superficie, como dicen los pescadores de aquellos contornos, se vino al punto en conocimiento de que nos hallábamos sobre un banco de mújoles.

Como la profundidad del mar en el sitio en que nos habíamos parado no era muy grande, las esperanzas de coger una buena porción de estos pescados no quedaron defraudadas.

Varias redes fueron al punto arrojadas al mar, y en todas la cosecha fué abundantísima, pues la naturaleza no ha concedido á los mújoles más que un medio para sustraerse á los lazos que se les arman, y consiste en lanzarse verticalmente fuera del agua como las brecas y otros muchos ciprinos.



Esta facultad la emplean generalmente cuando por todas partes se ven circuidos de redes, y hasta Oppiano describe de una manera interesante los esfuerzos que hacen en tanto que creen poderse salvar, y la resignacion á que se someten al ver que todo es inútil: no faltan ocasiones en que se les ha visto saltar por encima de un barco.

Pero los pescadores, á fin de remediar los perjuicios que tales saltos les ocasionan, han inventado una red particular llamada *saltadera*, que mientras barre con su parte inferior las aguas, presenta su borde superior extendido sobre ellas y sostenido por medio de unas cañas, en cuyos intervalos la red va formando otras tantas bolsas,

donde caen los mújoles que con sus saltos se libran de ser envueltos por la parte inferior de la red.

Por lo demas, nunca se ha creido que este pescado tenga muy desarrollado el instinto. Segun Plinio, el mújol, así como el avestruz entre las aves, cree que pudiendo ocultar la cabeza ha conseguido resguardar todo el cuerpo y se ha hecho invisible á sus enemigos.

No queriendo Gronovio admitir tal estupidez, supone que el hacer ademan de esconder la cabeza no es sino para fijarse en el fondo por medio de las dentelladuras de sus suborbitales, y Bloch, por no haber entendido el latín de aquel naturalista holandés, atribuye esa opinion á Plinio y se la reprende de una manera graciosa.

Es indudable que semejante suposicion tiene poca verosimilitud, pues á nada pueden agarrarse aquellas suborbitales ocultas bajo la piel, y por otra parte, ántes de entrar en explicaciones sobre la tal costumbre, hubiera sido más cuerdo examinar si en realidad era cierta. Su boca, de poca extension, y casi desprovista de dientes, no le permite atacar á los demas peces, y apenas les deja nutrirse sino de sustancias blandas ó líquidas, que dejan muy poco residuo en sus intestinos.

Los antiguos, que acostumbraban dar á todas las cosas un colorido poético, suponían que el mújol era el más inocente de todos los pescados, y que sólo se alimentaba de los que encontraba muertos, creyendo que como él



EDUCACION DE LOS PERROS.

no atacaba á los demas, tampoco se veía atacado por nadie.

Para atraerlo al anzuelo no empleaban más que pan, queso ó hierba-buena, pero nunca residuos de otros peces, y aseguraban que aún en este caso solía el mújol, ántes de tragar el anzuelo, darle un coletazo como para cerciorarse de que no iba á devorar un sér viviente.

Otros autores atribuyen esta costumbre á un instinto de prudencia, suponiendo que no daba el coletazo sino para ver si conseguía desprender el cebo del anzuelo.

La frugalidad de este pescado ha sido muy ponderada en todos los tiempos, y por ella se les conocía con el nombre de *jejenus*, que ha dado márgen á muchos apotegmas entre los autores cómicos y satíricos, de los cuales Ateneo conservó una larga lista.

Pero otra circunstancia ha dado aún mayor celebridad al mújol entre los escritores citados, y era el uso cruel que de ellos se hacía en los tiempos pasados para castigar á los disolutos cogidos en flagrante delito.

En la actualidad los mújoles no sirven para otra cosa más que para comerlos tranquilamente en el hogar doméstico, siendo uno de los bocados más exquisitos, por la bondad y el buen gusto de su carne, razon por la que, retiradas nuestras barrederas del mar, limpias y recomuestas para la próxima expedicion, nos proponemos hacer honor á la abundante pesca, aunque no sea más que para desmentir una vez siquiera el axioma de que: «Es propio del pescador verdadero no comer nunca pescado.»

V. C.

## CAZA DE LIEBRES CON GALGOS.

Aun cuando hay muchos aficionados á la escopeta que lo son también á galgos, la generalidad no es así, por cuanto se excluyen el deseo de ver correr á las liebres y la no menor satisfaccion de hacerlas parar pronto; sin embargo, hemos asistido á algunas tacerías con excelentes

perros, que nos han divertido mucho, y á la vez sugerido las presentes líneas, encaminadas á difundir entre nuestros compañeros las observaciones que hemos tenido ocasion de hacer.

Reconocemos que la caza con galgos tiene lances y episodios sumamente agradables, y por lo mismo dignos de ocupar las columnas de una publicacion venatoria.

Confesamos igualmente que es en extremo delicioso ver marchar por una inmensa llanura, y cuanto más dilatada mejor, varios jinetes apretando los ijares á sus briosos caballos, sosteniendo por lo bajo animados y chispeantes diálogos con hermosas damas, si bien en España no existen muchas aficionadas, intercalados algunos peatones para recorrer los medios, y á derecha é izquierda de cada cual una docena de galgos, con alguno que otro podenco, muy al caso para mover la caza y rastrearla, fijos todos en la esperanza de ver pronto saltar las tranquilas y durmientes liebres que yacen al lado del más odorífero tomillo, junto al chaparro más caprichoso, ó á



lo largo del surco mejor labrado, recuperando el sueño perdido durante la noche, que es para ellas la síntesis de su alegría y alimentación, el poema de sus amores y correrías.

Al contemplar una cuadrilla así dispuesta, recorriendo el llano de aquí para allí, dominados sus individuos por la idea de escuchar pronto las voces de alerta lanzadas por el primer afortunado que divisó la liebre, en verdad decimos que nos satisface y entusiasma.

Todos á porfía no quieren dejar un palmo del terreno sin mirar, y decimos sin mirar, porque la vista es el órgano que más funciona en estas cacerías, ya porque los perros la tienen tan sobresaliente como escaso es su olfato, ya porque las liebres se ocultan de un modo tan especial en sus camas, que hasta prefieren muchas veces que se las pise, se las coja á mano, se las mate de un golpe ó las emboque el perro ántes que abandonarlas, á no ser que se aperciban de la llegada de los cazadores, por el ruido que éstos ocasionen, ó porque el viento les sea favorable, en cuyo caso son muy poco perezosas en saltar.

Por esto se recomienda el silencio más absoluto, así como la necesidad de que los cazadores vayan en su marcha ejecutando evoluciones á derecha é izquierda con mucha parte mímica, y recorriendo con la vista hasta las más pequeñas alteraciones del terreno, porque de seguro, y despues de todo, se comprobará siempre el consabido refrán: *Donde menos se piensa*, etc. Nosotros, al arranque de alegría que se apodera de todos cuando salta una liebre y se lanzan los galgos tras ella, seguidos de los jinetes, que sólo sienten en aquellos momentos no tengan alas sus tambien entusiasmados corceles para llegar más presto á detener ó hacer variar la carrera de aquel pequeño animal que á todos burla en su veloz huida, preferimos la reposada marcha del perro de muestra, que con su exquisito olfato nos lleva sin peligro al lado de la tímida liebre, se pára, estira sus miembros, fija su mirada en el sitio mismo donde se oculta, y parece decirnos temblando sus carnes: «Aquí está, prepárate y haz fuego», rodando por el suelo á los pocos segundos algunas libras de carne, y llevándose el viento varios mechones de pelo que se han desprendido de la piel del animalito al plomo certero de nuestra escopeta.

Empero, dejando digresiones, vamos al objeto del presente artículo.

Para que las cacerías con galgos sean bastante aprovechadas, es indispensable que los cazadores conozcan perfectamente el terreno, para comenzar las primeras manos por donde se hallen los caminos ó sendas de huida y los parajes ó sitios de salvacion que buscan siempre las liebres, y esto se ha de ejecutar en todas ocasiones, procurando dar la cara al viento, todo lo cual impedirá que al saltar la caza lo verifique á gran distancia y pueda tomar su direccion favorita, cuya contrariedad desconcierta á las liebres en tan alto grado, que las hace disminuir por instantes su velocidad, hasta entregarse pronto á los *marros* para dirigirse al punto que ellas desean, si ántes no sienten en sus lomos el colmillo del perro, cosa muy frecuente en tales evoluciones.

No deben olvidarse tampoco los sitios preferentes, segun las estaciones, que eligen las liebres para encamarse, los cuales suelen ser, por regla general, durante los meses de Octubre á Diciembre, en las laderas de los montes y terrenos más elevados (dejamos los viñedos y sembrados de hortalizas para los cazadores de escopeta, porque en estos sitios no debe cazarse con galgos), resguardadas siempre del viento, y segun éste sople de los cuadrantes del Norte ó Sur, Este ú Oeste, así se hallarán en la parte superior, baja ó media. En los dias de grandes hielos y escarchas se buscarán en los arroyos y rastroyeras más fuertes, así como en los dias de lluvia en las vertientes pedregosas y areniscas aisladas de todo ramaje. Cuando los vientos sean muy fuertes abandonan los parajes donde existe arbolado y salen á los escampados de ninguna ó muy bajas matas.

En los meses de Enero y Febrero ya lo pregonan el refrán: *Junto al comedero*, prefiriendo los sembrados de la mejor calidad de simiente, y encamándose, ó muy próximas á las heredades, ó en medio de ellas, segun la temperatura que reina y el grado de humedad que tiene el suelo.

Respecto á la urgencia de acudir á la muerte, no tenemos necesidad de esforzarnos en recomendarla, por cuanto es de todos muy sabido lo importante que es hacerlo para aliviar á los perros, que tan fatigados se encuentran despues de la carrera, el tener que regresar, é impedir ademas que unos por otros, en su natural instinto y alegría de *mejor* todos en la pieza y querer traerla, la dividan en trozos y aún se atrevan á comerla.

Con la llegada á tiempo se evita tambien que los galgos, en su excesivo cansancio y llevados de la sed que les acosa, busquen las charcas, se bañen y beban agua, lo cual es muy perjudicial, pues adquieren enfermedades, se les reblandece la piel y les imposibilita para las carreras sucesivas; caso de darles de beber, se hará con mucha precaucion y en muy corta cantidad de agua mezclada con vino.

Cuando alguna liebre se refugie en los caños ó madrigueras de conejos, en alguna abertura del terreno, ó bajo una piedra, no hay más que tapar perfectamente todos los agujeros del escondite é introducir el brazo por donde entró, abriendo la mano, á la cual vienen á dar pronto, para quedar prisioneras de la cabeza.

Los cazadores emplearán toda clase de esfuerzos para que la primera carrera no se desgracie, pues los perros se animan tanto, que ya trabajan con feliz éxito el resto del día, al paso que si no logran alcanzar la primera liebre, desmayan de tal modo, que apenas puede sacarse partido de ellos.

Nada decimos de la alimentacion ligera y nutritiva que se ha de dar á los perros durante los dias de caza, modo de apiolar las liebres y manera de preservarlas de la putrefaccion, porque sabemos no hay cazador que lo ignore, terminando con una importante observacion: el que no tenga buenos galgos y buen caballo y no sea aventajado jinete, que abandone esta cacería.

RUPERTO RAMOS.  
(Huesca.)

## EL PARAÍSO VENATORIO.

Indudablemente Alemania y Austria, con sus extensos bosques, son los países de Europa más abundantes de caza; pues protegida ésta por leyes sábias, rigurosamente cumplidas, y jamas molestada por el ganado, no tiene más remedio que aumentar considerablemente de año en año; algunos es tan extraordinario su desarrollo, que se convierte en una verdadera calamidad para los agricultores.

En 1848 las repetidas quejas y reclamaciones de éstos á los respectivos gobiernos de los diversos Estados alemanes, fueron motivo suficiente para que se dictase una ley autorizando á todos sus habitantes al libre ejercicio de la caza, prefiriendo esta medida á pagar las indemnizaciones reclamadas por los propietarios de fincas rústicas, por daños causados por la caza de pertenencia del Estado.

En el corto intervalo de dos años, en que todos los súbditos de aquellos países se dedicaron á cazar con verdadero frenesí, lograron la casi total destruccion de los habitantes de los bosques. Justamente alarmados los gobiernos de los resultados del libre ejercicio de la caza, dictaron medidas prohibiendo que se cazase en los montes de su propiedad, encargando á los ingenieros forestales el desarrollo de tan importante ramo de la riqueza pública.

Ya en 1859 era tan abundante, que en el Bosque de Wermsdorf (Sajonia), donde verificamos un recuento de las reses existentes, arrojó la cifra de 4.500 corzos en una superficie de 4.323 fanegas de tierra.

Bohemia es tan rica en caza, que en 1860 pasaron de 600.000 las liebres que se mataron desde el 1.º de Setiembre hasta fin de Febrero.

En los dominios de los príncipes de Schwarzenberg y de Lichtenstein es muy frecuente matar en una cacería 2.000 y 3.000 faisanes.

Segun los datos estadísticos de las piezas muertas en las posesiones del primero, en el año 1871 se elevan á 155 reses cervunas, 114 gamos, 5 rebecos, 810 corzos, 177 jabalíes, 12.183 liebres comunes, 4 liebres albas, 145 urogallos, 66 gallos de roca, 79 gangas, 5 perdices de Escocia, 10.443 perdices grises, 960 faisanes, 72 anzarones, 873 ánades, 328 gallinetas, 21 palomas, 152 be-

cadás, 2 becacinas, 47 codornices, 6 conejos; total, 26.647 piezas, y ademas 14.858 alimañas de pluma y de pelo.

En una sola finca del Patrimonio Imperial austriaco, denominada Holitsch, fueron muertas en el período de 1781 á 1867 la enorme cantidad de 406.565 ánades.

Hemos tenido ocasion de asistir á cacerías en que doce escopetas han matado más de 700 liebres en dos dias.

Pero para que nuestros lectores se puedan formar idea de lo que siempre ha abundado la caza en aquellos países, les citaremos algunas líneas tomadas de un libro de J. Taenzer, titulado *Secretos de caza mayor y menor de Diana*, publicado en Copenhague en 1682. Dice así:

«El Elector Jorge I de Sajonia mató con su propia mano, desde 1611 á 1655, 15.740 ciervos, entre los cuales, 547 de 16 á 30 candiles, y el mayor pesó 8 quintales y 25 libras; 15.900 ciervas, 3.781 cervatos, 2.171 corzos, 8.498 corzas, 820 corcillos, 1.045 gamos, 31.902 jabalíes, entre los cuales, 3.598 jabalíes viejos, el mayor de 6 quintales y 12 libras de peso; 238 osos, 3.872 lobos, 217 linceos, 12.047 liebres, 19.015 zorras, 930 tejones, 37 castores, 81 nútrias, 149 gatos monteses, 202 martas, 140 garduñas, 74 ardillas, 18 glotones, 27 erizos, 2 comadrejas; total, 116.906 piezas: término medio anual, 2.657.

»En el siguiente período de veinticuatro años su sucesor Juan Jorge mató 13.603 reses cervunas, un oso y 560 castores más que su antecesor, lo que arroja 4.631 piezas muertas como término medio anual.»

TORRE AYLLON.

## LA PRIMERA ESCOPETA.

Si no temiese ser calificado de irreverente materialista, diría que la primera escopeta ocupa en los recuerdos del cazador un lugar muy inmediato al del amor primero que conmovió las fibras del corazon en los tiempos felices de la juventud.

Un juguete, por fútil que parezca, es la fórmula de un sentimiento, y sentimientos hay mucho más frágiles que esos mismos juguetes que nos han hecho felices durante la niñez. Si la jóven se ejercita con la muñeca en el aprendizaje de la maternidad, la primera escopeta abre horizontes más vastos todavía, representando en nosotros el joyel que los romanos colgaban al cuello de los mancebos que vestían por vez primera la toga pretexta, marcando así el paso ó transición de la infancia á la edad viril. «Hoy ya eres hombre», le decían al niño de ayer, y el niño de aquellos tiempos, como le sucede al de los nuestros, alzaba la cabeza radiante de alegría, sin saber cuánta ni cuán grande es la dicha que abdica al despojarse de los tesoros de la inocencia.

Pero dejando á un lado reflexiones filosóficas que nos llevarían fuera de nuestro propósito, ocupémonos sólo del arma que simboliza una fecha muy agradable en el libro de nuestra memoria.

Yo soy de los que creen que á los niños se les debe familiarizar cuanto ántes con el manejo de las armas.

Allá en el siglo pasado frecuentaban el gimnasio los jóvenes de diez á doce años, y á los catorce era completo su desarrollo físico, pudiendo ya á los quince comenzar á ejercitarse en el noble entretenimiento de la caza. Hoy la educacion se cuida casi esclusivamente de la parte intelectual sin dar la preferencia que debiera al cultivo de la fuerza y de la destreza. Se puede ser ciertamente un hombre inteligente y notable y no saber montar á caballo, ni si un arma se carga por la boca ó por la culata; pero no será un hombre completo quien se halle en tal caso, y puede apostarse doble contra sencillo que llegará un dia en que lamente haber dejado de adquirir conocimientos tan útiles.

Hay muchas personas que temen fomentar en sus hijos la afición á la caza. Esos terrores se comprenderían si fuese posible que el hombre viviera exento de pasiones; pero como todavía no se ha forjado ninguna coraza capaz de resistirlas, es mejor elegir entre dos peligros el menos grave, y entregarse á la más sana, económica é inocente de las que pueden apoderarse del ánimo.

Mientras más jóven se principie á tirar, más pronto



se hará el diestro y prudente cazador, acostumbrado como lo está al manejo del arma, y á dominar esas fuertes emociones que produce el oír el vuelo de una perdiz, y ver el arranque de una liebre ó la muestra de un perro bien amaestrado.

La escopeta ha de ser siempre de un cañon, porque un novicio se embrolla con el juego de los dos disparadores, y se fatiga de sostener tanto peso como el de un arma de dos cañones, y una vez en el campo y cargada ya el arma, se le ha de recomendar siempre que la lleve en el seguro, que no se apoye en la boca del cañon, y que no lo lleve nunca en direccion á los cazadores que asistan á la cacería.

La primera escopeta que usó el autor de las presentes líneas era un escopeton insigne, una reliquia venerable de familia que parecia desprendida de los escaparates de un museo ó de las panoplias de la Armería Real. Jamás pude saber el origen ni la historia de aquel armatoste, que tenía de alto media vara más que yo. El gatillo parecia un martillo de fragua, y se necesitaba sudar agua y sangre para abrir la cazoleta, porque el arma era de chispa, produciendo al disparar un ruido enorme que hacía mi encanto y mi delicia.

Tal como era, no hay escopeta en el mundo que pueda vanagloriarse de haber sido más querida. Yo pertenecía á ella en vez de pertenecer ella á mí. Si aquella escopeta hubiera sido mujer, habríamos dejado atrás á Filemon y Baucis, á Hero y Leandro y á Angélica y Medoro. La colocaba en un rincon del comedor para no perderla de vista mientras estábamos en la mesa, y algunas noches, soñando con ella, me levanté de repente con objeto de tocarla creyendo que habia desaparecido como si tuviese alas para volar.

Este cariño era tan meritorio como desinteresado, porque el objeto de mi adoracion me pagaba con la más negra ingratitud. Muchas libras de pólvora gasté, dándome casi siempre resultados negativos; pero no por eso le guardé rencor ni dejo de recordarla con entusiasmo.

Paseábame un dia filosóficamente por la finca de un individuo de mi familia, llevando, por supuesto, la escopeta al hombro, cuando al notar que las gallinas se habian escapado del corral para hartarse de trigo en la era, me ocurrió un pensamiento diabólico, el de probar el arma sobre aquellos pacíficos animales.

No tenía más que una poca de pólvora y eché mano de dos bellotas que llevaba en el bolsillo, figurándome que este proyectil de nueva especie sería completamente inofensivo para la víctima de mi capricho. Cargué la escopeta, ahogando el último resto de remordimiento, apunté á una pobre gallina que picoteaba bien ajena de las veleidades olímpicas que me permitia en aquellos momentos, salió el tiro y el animal cayó revolcándose en tierra.

Yo me quedé muerto al presenciar los horrores de la agonía. Pálido, desencajado, fuera de quicio y sin saber lo que hacía, sepulté á la gallina en un monton de trigo, tapándola perfectamente, confiado en que aquellos granos guardarían fielmente mi secreto y el cuerpo del delito que les entregaba.

No muy tranquilo, sin embargo, con estas precauciones volví al caserío, viudo de mi escopeta, despues de dos meses de inseparable compañía, y buscando gestos para disimular los remordimientos que creia llevar escritos en el semblante.

A las tres nos pusimos á la mesa, y mi tío, despues de comer, me invitó á dar con él un paseo por el campo.

—Vomos á la era, me dijo, á ver cómo va la faena de la trilla. Toma tu escopeta, por si te sale al paso algun conejillo.

Al oír tales palabras me estremecí de piés á cabeza, y cuando cogí el arma, mis dedos tenían esos movimientos convulsivos que caracterizan á los pianistas. *Ali*, magnífico perro de caza, galopaba delante de nosotros.

A la media hora de marcha dimos vista á los montones de trigo, mudos confidentes de la perpetracion del crimen.

El perro se paró de pronto y yo me sentí bañado en un sudor de nieve, cuando mi tío me mandó ir delante para juzgar á cierta distancia de mi destreza en la puntería.

Me adelanté más muerto que vivo, porque sabía demasiado bien lo que habia hecho detenerse al canalla de *Ali*. Su maldito olfato le llevó derecho á la sepultura de mi víctima.

La emocion era ya tan fuerte que la escopeta se me escapó de las manos y caí á los piés de mi tío pidiéndole perdon.

Entre tanto el perro impaciente comenzó á revolver el trigo, y oímos un aleteo extraño. Era la gallina, que aturdida solamente con el bellotazo que recibió, se habia ido reanimando con el calor del grano, y resucitada por completo, huía cloqueando con un estrépito infernal.

Mi delito no pasó de la intencion; pero como mi tío sabía que las aves no acostumbran á enterrarse vivas como las viudas de Malabar, fué preciso que yo le explicara satisfactoriamente la causa de aquel entierro.

Dicho se está que fuí perdonado en gracia de mis lágrimas, pero con la condicion de que no volviese á meterme con las gallinas del corral.

J. M. C.

## COCINA VENATORIA Y PISCATORIA.

### TORTA DE HUEVOS.

Se raspan las cortezas de dos limones, se mezclan con 185 gramos de azúcar y se ponen en tres cuartos de litro de vino blanco bueno, añadiéndole despues 4 decilitros de agua y el zumo de dos limones con una cucharada de canela en polvo.

Todo este conjunto puesto en una cacerola se cuece á fuego muy vivo, dejándolo que se reduzca á tres cuartos de litro. Se baten las yemas de ocho huevos hasta que se hagan espuma, se deslien con el residuo anterior poniéndolo al fuego, pero sin que hierva, y despues se deja enfriar la mezcla.

Se amasa una torta de pasta azucarada de almendras. Esta tendrá un reborde de unos tres dedos. Se pone la torta al horno, y cuando esté á medio cocer se le echa encima la crema de vino, volviéndola á poner al fuego, y dejándola cocer de nuevo durante quince á veinte minutos.

### ESCOMBRO EN ESTRAGON.

Se toma un buen escombros y se lava muchas veces frotándolo con granos de sal gruesa, despues se cuece en agua con sal y especias y se añade perejil, tomillo, estragon y dos hojas de laurel; tambien se corta un limon en rodajas, y mientras cuece el pescado, se hace la salsa siguiente:

Se separan con cuidado para que no se estropeen las yemas y las claras de seis huevos duros, y las yemas se deshacen en seis cucharadas de buen vinagre. Se pican bien un puñado grande de hojas de estragon y un poco de perejil; se mezclan estas hierbas con las yemas de huevos, y se añade aceite, procurando que quede bien mezclado con el vinagre.

Esta salsa, aunque no debe de quedar tan compacta como la *mayonnaise*, debe, sin embargo, tener cierta consistencia.

A continuacion añádase sal, pimienta, nuez moscada en polvo, á gusto de cada uno, y póngase en una fuente, en la que se colocará el escombros caliente, pero perfectamente seco.

Despues de esta operacion se exprime sobre el pescado el jugo de un limon, con lo que la carne del escombros ganará mucho en buen gusto y delicadeza.

En derredor de la fuente se colocarán pedacitos de las claras de los huevos duros, cortados segun el gusto de cada uno, alternados con anchoas y alcázaras.

### PATATAS Á LA ROSSINI.

El inmortal autor del *Guillermo Tell* y del *Moisés*, como hombre de talento, sabía comer. El arte culinario le debe perfeccionamientos y hasta innovaciones, tanto más apreciables, cuanto mayor es la facilidad con que se pueden ejecutar. Juzguen nuestros lectores por el siguiente entremes:

Se toman patatas mondadas y se ponen en manteca fresca hasta que ésta se liquide á un fuego lento, despues de salarlas ligeramente.

Cuando estén á medio cocer se echa encima, en cantidad suficiente, queso de Gruyère raspado, volviendo con frecuencia las patatas, á fin de que el queso, al fírese, forme como una corteza del color más hermoso.

Media hora basta para la preparacion de este entremes sencillo, poco costoso, nutritivo y de un gusto exquisito.

Se sirve muy caliente.

## GACETILLA.

**SEMI-APERTURA DE LA VEDA.**—Desde pasado mañana vamos á sacudir la ociosidad en que hemos vivido casi medio año, y á satisfacer el afán que nos devora, empezando á ensayar nuestras funciones venatorias contra las palomas, tórtolas y codornices, que, segun la ley, podrán cazarse desde 1.º de Agosto en aquellos predios en que se encuentren levantadas las cosechas.

No hay para qué decir que seguiremos observando y recomendando la observancia estricta de la Veda en lo relativo á todos los demas animales, porque ésta sigue vigente en tal concepto hasta el dia 15 de Agosto en las provincias del Mediodía, y hasta el 1.º de Setiembre en las provincias del Norte de España.

**LAS CODORNICES.**—Tenemos cartas de varias provincias en que nos dicen que es abundantísima la existencia de codornices, que han criado muy bien y que están

muy gordas y apetitosas, despues del tiempo que llevan de emigracion.

Pasado mañana romperán su silencio las escopetas de todos aquellos que, como nosotros, han guardado religioso respeto á la ley de Caza, y empezaremos á gozar de las tiradas de esas hermosas aves africanas.

«BAÑOS DE MAR EN LOS NIÑOS».—Con este título se ha publicado una interesante obra, original del Dr. Brochar y traducida por D. Rafael Ulecia. Un tomo en 8.º, á dos pesetas, que se pide á la calle del Caballero de Gracia, número 9, 2.º

**CONCURSO DE MADRID.**—La expedicion de palomas viajeras, que bajo la iniciativa de la Sociedad titulada *Los Amigos reunidos* ha tomado parte en la suelta de Madrid, se efectuó en Brusélas el martes 10 de Junio, como habíamos anunciado á nuestros lectores. El número de aves inscritas era de 483.

Un camion del camino de hierro, adornado de flores y de banderas con los colores belgas y de España, condujo á la estacion de Longdoz las diez y nueve cestas en las que se hallaban encerradas las intrépidas viajeras.

El primer concurso de Madrid se realizó en 1852; desde esa época no se habia organizado ninguna prueba análoga, excepto la de Roma el año pasado.

La primera suelta verificada por la Sociedad del Norte, en Lieja, se componia únicamente de sesenta y cinco concurrentes.

La del año actual se celebró el sábado 14 del pasado Junio, á las 4 y 15 minutos de la mañana, en presencia de las autoridades españolas y del Cónsul belga, que se han interesado vivamente en esta prueba. A pesar de lo intempestivo de la hora, una multitud de aficionados y curiosos asistió á presenciar la suelta.

El valor de los premios asciende á 20.000 francos; la primera paloma que llegó ha ganado, ademas del premio, la magnífica guarnicion de chimenea ofrecida gratuitamente por la Sociedad organizadora.

**PESCA DE OSTRAS.**—Los pescadores de Granville han cogido en totalidad en la temporada actual 550.000 ostras en las seis salidas para las que estaban autorizados, segun la última concesion, y las que á 80 francos el millar, dan un producto total de 44.000 francos.

Este ha sido un resultado bien exiguo, si se compara sobre todo con los grandes dias de abundancia de otras veces. Para tener una idea de la penuria actual, bastará con citar la campaña de 1852-53, que produjo 91 millones de ostras y 728.000 francos, y eso que entónces el millar de estas preciosas conchas valia 8 francos.

**IMPRUDENCIA DE DOS PESCADORES.**—La pesca tiene sus dramas como la caza.

Este año la apertura en París ha sido notable por varias desgracias.

Un joven pescador, M. Potier, que se habia dormido imprudentemente, con la caña en la mano, en una almadía que servia para las reparaciones de la Compañía de barcos-ómnibus, perdió el equilibrio y se ha ahogado, á pesar de los socorros con que se acudió en su auxilio.

En el bosque de Boulogne otra desgracia ha tenido consecuencias menos terribles, concluyendo la aventura de una manera casi cómica.

Un empleado en el camino de hierro del Oeste tiene la costumbre de pescar en la estacion actual todas las mañanas en el lago.

Toma, pues, el tren de los trabajadores, que le conduce á las cinco de la mañana en medio del bosque. Pasaba tranquilamente por una calle de árboles, cuando llamó su atencion una voz pidiendo socorro.

Era un pobre diablo de pescador de caña que se habia caído en el agua, tan tranquila como fria.

Siendo, como es sabido, el fondo del lago del bosque de Boulogne en forma de cubeta, á cada movimiento que hacía el desgraciado para aproximarse á la orilla, daba un resbalon involuntario que lo zambullia de nuevo en medio del agua.

Al mismo tiempo que el empleado en el camino de hierro se precipitaba hácia el ribazo, un *char-a-banc* de domar caballos de tiro llegaba igualmente á los gritos de socorro. Los automedontes que conducian el carro se unieron con el anterior para ver el modo de poderlo sacar del agua.

El desgraciado pescador, que daba siempre un resbalon en la pendiente del fondo, exclamó al ver la larga fusta del domador:

—¡Deme V. la fusta!

—Ya lo merecia V., contestó el empleado, por haberse caído en el lago.



Le arrojaron la fusta como una amarra; pero al esfuerzo que hizo para cogerla, el imprudente pescador desapareció.

No había que dudar en aquel momento ya; se arrojaron al agua, y sacaron al pobre diablo, aturdido y medio muerto del susto, á la orilla.

Allí refirió que queriendo encender un cigarro había perdido el equilibrio.

La moral de estas dos historias es que los pescadores de caña no deben ni dormirse ni fumar cuando se entregan al arte delicado de coger peces.

**DESAFÍO DEL HOMBRE LOCOMOTORA.**—El domador de caballos Napoleoni, de Roma, había aceptado el desafío del hombre locomotora Aquiles Bargossi, para una carrera de veinticuatro horas, que no hace muchos días se efectuó en Villa Massari.

Bargossi se proponía correr 150 kilómetros á pié; Napoleoni, á caballo; la apuesta era de 1.000 pesetas.

La carrera principió poco después de las seis de la tarde.

Mucha gente asistió al desafío, y tanto el hombre locomotora como el caballo, reposaron algunos momentos antes de emprender la carrera.

A las seis del día siguiente el caballo había dado 247 vueltas, y Bargossi 236; el domador, seguro de alcanzar la victoria, se paró, y cuando entre los apiados unánimes y calorosos el andarín había dado la vuelta 241, el Jurado declaró vencedor al caballo, habiendo espirado las veinticuatro horas.

Por solas siete vueltas, después de veinticuatro horas de carrera, fué vencido Bargossi por el caballo, propiedad de Sante Condreda.

Las noticias recibidas últimamente dicen que el corcel y el domador han padecido una gran perturbación en su salud, mientras Bargossi está perfectamente bien.

**UN DRAMA EN UNA LEONERA.**—Una domadora de animales feroces se encuentra en estos momentos en Florencia. Durante una de las últimas representaciones sucedió lo siguiente:

Después de los ejercicios de dos tigres, le tocó la suerte al león, regalo hecho á la domadora por la Casa Real. Apenas ésta hubo entrado en la jaula, el rey de los animales dió señales evidentes de que no estaba de buen humor, declarándose al fin en abierta rebelión, amenazando con romper los barrotes de su cárcel.

Los mozos de la colección corrieron al momento en auxilio de la domadora, haciendo esfuerzos impotentes para dominar al animal furioso.

La Srta. Aissa, refugiada en un ángulo de la jaula, apenas podía rechazar á latigazos á los dos tigres, cuyos mal reprimidos instintos de ferocidad se habían despertado, hasta el extremo de haberla herido en la frente con su garra uno de ellos.

A la vista de la sangre los espectadores quedaron sobrecogidos de espanto, y todos se apresuraron á salir del local.

Los gritos de la domadora Aissa para que se abriera una de las jaulas contiguas no eran oídos por los criados de servicio, que estaban aterrorizados y no sabían lo que se hacían.

Por fin se abrió una jaula, y la Srta. Aissa pudo encontrar un refugio.

**NUEVO EMPLEO DE LAS PALOMAS VIAJERAS.**—Parece que se trata de utilizar las palomas viajeras para poner en

tran, dice el *Figaro*, de París, extraños casos de inteligencia en ciertos animales poco favorecidos ordinariamente bajo este punto de vista.

Un comerciante de la calle de Rocheouart, por ejemplo, tiene hace algun tiempo una gallina negra muy original.

Este animal, que ha sido criado por una niña de diez años, hija de la casa, profesa á su jóven ama un afecto como el de un perro: no tiene miedo de acompañarla ni aun por la calle hasta una gran distancia; no la pierde nunca de vista, ni quiere pasar la noche sino en la alcoba misma de la niña, prestándose con la mayor voluntad á los caprichos de su ama, que hace de la gallina una verdadera *poupée*.

**SUMA ACEPTABLE.**—La suma ganada por el conde de Lagrange en las carreras celebradas últimamente en Ascot (Inglaterra) asciende á más de 130.000 francos.

**UNA ANÉCDOTA DE CAZA DE NAPOLEON.**—Napoleon I de este nombre, que procuró restablecer el ceremonial de las grandes cortes, no consideraba la caza sino como una regla higiénica. Menos que mediano *sportman*, se limitaba á galopar, y dejaba que sus monteros siguieran la batida. La única caza que le divertía era el presenciar la rendición de la fiera.

Un día, en Fontainebleau, un ciervo hacía frente con ventaja á los perros y á algunos monteros, pues ni el Emperador, ni sus ayudantes y grandes dignatarios habían podido resistir la carrera.

Muchos perros estaban ya fuera de combate, y los picadores no sabían qué hacer: si mataban la presa, el Emperador quizás se enfadase; si dejaban morir los perros, todos dirían que eran unos imbéciles.

El más antiguo de los monteros se decidió por fin, y mató al animal.

Apenas había medido el suelo el ciervo, cuando por el extremo de una calle de árboles se vieron venir los cazadores.

—Estamos perdidos; viene el Emperador.

—¡Bah! dijo el viejo montero, si sabe más que yo en mi oficio, ahora lo vamos á ver.

Al momento corta de un árbol dos estaquitas en forma de horquillas; las clava en el suelo, y coloca al ciervo de tal modo que parecía estar vivo. Los perros rodeaban al animal ladrando con la mayor furia, y aparece Napoleon.

Se baja del caballo, toma su escopeta y mata... un perro de la jauría.

—¡Señor, queda muerto el ciervo! exclama el picador.

—¿A quién se lo cuentas? replica orgullosamente el gran militar, subiendo de nuevo á caballo.



PESCA DEL MÚJOL EN JABEGA.

comunicación con la tierra firme los faros establecidos en el mar y las luces flotantes.

Los periódicos de Dunkerque dicen que los primeros ensayos han dado excelentes resultados.

**CASO EXTREMO.**—En el jardín Zoológico de Colonia, que posee una de las colecciones de animales más hermosas del mundo, acaban de morir de improviso cinco bestias feroces: dos leones, una pantera, un leopardo y un magnífico tigre de Bengala.

Este suceso se atribuye á la carne de caballo que se les había dado á comer, y que estaba fermentada, lo que les produjo una especie de envenenamiento.

**UNA GALLINA INTELIGENTE.**—Algunas veces se encuen-

## ANUNCIOS.

**BIBLIOTECA VENATORIA DE GUTIERREZ DE LA VEGA.**—Colección de obras clásicas españolas de montería, de cetrería y de caza menor, raras, inéditas ó desconocidas, desde la formación del lenguaje hasta nuestros días, para ilustración de los cazadores, deleite de los eruditos y gloria de la lengua castellana.—Ediciones de lujo con caracteres elzevirianos y en papel de hilo.—Se ha publicado el *Libro de la Montería* del rey D. Alfonso XI, con un discurso y notas del Excelentísimo Sr. D. José Gutiérrez de la Vega.—Consta de dos gruesos tomos en 8.º, que han valido, por suscripción, á 6 pesetas cada uno en Madrid, y á 7 pesetas en provincias. Al mismo precio podrán adquirirlas los nuevos suscritores. Fuera de suscripción se aumenta el precio de venta de toda la obra á 50 reales en Madrid, y 60 en provincias.—El volumen III de la *Biblioteca Venatoria* está en prensa, y contendrá el solo dos obras, el *Libro de la Caza* del príncipe D. Juan Manuel, y el *Libro de la Caza de las Aves* de Pero Lopez de Ayala.—Se hacen los pedidos dirigiéndose á la Administración, y mandando letra de cambio por el valor de la suscripción.—Redacción y Administración de la *Biblioteca Venatoria* y de la *LA ILUSTRACION VENATORIA*, calle de Espoz y Mina, núm. 3, Madrid.

**INVESTIGACIONES SOBRE LA MONTERÍA** y demás ejercicios del cazador, por D. Miguel Lafuente Alcántara, reimpresas con una introducción por el Excmo. Sr. D. José Gutiérrez de la Vega.—Un volumen en 8.º, edición elzeviriana en papel de hilo.—Tirada de sesenta ejemplares numerados que no se ha puesto á la venta.

**BIBLIOGRAFÍA VENATORIA ESPAÑOLA**, por el Excelentísimo Sr. D. José Gutiérrez de la Vega.—Un volumen en 8.º, edición elzeviriana en papel de hilo.—Tirada de veinticinco ejemplares numerados, en gran papel con grandes márgenes, que no se ha puesto á la venta.

**ALBUM DE LA ILUSTRACION VENATORIA.**—Este precioso ALBUM es un hermoso volumen en folio, del mismo tamaño que *LA ILUSTRACION VENATORIA*, conteniendo más de cien magníficos grabados de escenas de caza y pesca, que, elegantemente encuadrados, constituirá el más bello adorno del gabinete de un aficionado á estos deleites, y podrá separarse en láminas para decorar una habitación.

Como que el ALBUM se compone de los grabados publicados en el primer año de *LA ILUSTRACION VENATORIA*, podrá suplir á la colección del periódico del mismo año para los nuevos suscritores que no pueden adquirirla, por haberse agotado completamente, y aún será muy agradable para los antiguos que quieran poseer tan bella colección de láminas tiradas aparte con notable esmero.

El ALBUM DE LA ILUSTRACION VENATORIA se enviará inmediatamente, encuadrado en rústica, franco de porte por el correo, á todos los señores de provincias que lo pidan, librándolo 10 pesetas á esta Administración (calle de Espoz y Mina, núm. 3, Madrid). A los de Madrid que lo deseen se les llevará á sus casas por el mismo precio.

Hay también ejemplares del ALBUM preciosamente encuadrados, que no pueden enviarse por el correo, pero que se expenden en la Administración en Madrid, con 10 reales de aumento, es decir, á 50 reales.

Madrid, 1879.—Imprenta, Estereotipia y Galvanoplastia de Aribau y C.<sup>a</sup> (sucesores de Rivadeneyra), IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M. Calle del Duque de Osuna, n.º 3.